

LA NOCHE SIN VENTANAS

Raúl Tola

I

No es luz lo que Madeleine entrevé al despertar. Es la oscuridad que adelgaza y que, en instantes —minutos o segundos, o quizá menos—, será sustituida por el resplandor de una nueva mañana de la primavera de 1945, que tanto ha tardado en llegar. Pronto el aullido de la bocina levantará a los internos y dará inicio a otra jornada en el Lager. Hombres y mujeres deberán abandonar las literas de tres pisos donde duermen emparejados, para sacudir sus uniformes de terliz, arreglar los colchones de paja y tender las sábanas, con una mezcla de apuro y precisión, en medio del desorden y el agobio. Serán inspeccionados por los Kapos —prisioneros como ellos, criminales comunes instalados en el penúltimo escalón del poder—, o por los sargentos o cabos de las Waffen-SS. Abandonarán sus barracas a paso ligero, medio vestidos, para ocuparse en las letrinas y los lavabos, y cinco minutos más tarde ya estarán alineados para desayunar sobre las mesas y banquetas del salón de día. Poco después, se formarán en la plaza semicircular del campo y pasarán revista.

Madeleine abre el atado con sus pertenencias y busca en su interior. Siempre duerme abrazada a aquel bulto que arma con su chaqueta a rayas para resguardar lo poco que tiene y, de paso, usarlo como almohada. Encuentra el trozo de vidrio al fondo, entre la cuchara, los zuecos de madera, los guantes para el invierno, la gorra y el plato. Lo compró unos meses atrás en el mercado negro del campo, a cambio de un diente de oro, y aunque está sucio y arañado, es su posesión más preciada. Gracias a él, puede mirarse la cara a estas horas, o de noche, cuando las puertas de la barraca se cierran y todo queda en silencio.

Lo que el vidrio le devuelve es una versión marchita de la niña consentida de las monjitas del colegio San José de Cluny: tantos años atrás, siglos parecen. Sus grandes ojos negros se han apagado, y arrugas como cicatrices le surcan la frente, la barbilla y el canto de los labios. Le consuela pensar que todavía no alcanza el estado de otras presas —esqueletitos encorvados, ancianas de veinte años, estropajos que le temen a su propia sombra—, que llegaron el último agosto como ella, pero de estancias previas en Auschwitz-Birkenau, Ravensbrück o Treblinka.

Le basta ver a Helena, la chiquilla que duerme con ella, para imaginar los sufrimientos que debieron soportar. A pesar del rumor de ronquidos y lamentaciones de las cuatrocientas mujeres que viven amontonadas en aquella barraca, Madeleine

distingue el ronroneo de su respiración, proveniente del extremo opuesto del catre. Debió ser una muñequita antes de caer en manos de los alemanes, pues aún ahora, detrás de ese rostro sucio, ese cabello cortado a cero y ese cuerpo delgaducho, resulta atractiva, alta como es, con aquellos ojos rasgados, aquella nariz recta, aquellas facciones redondeadas. Al comienzo apenas pudieron comunicarse en un entrevero de alemán y francés, pero igual se dio maña para contarle a Madeleine su historia de supervivencia en Varsovia, donde nació y creció.

El ejército alemán había invadido la ciudad cuando aún era una colegiala y, como otros cientos de miles de judíos polacos, su familia fue reubicada tras las paredes de ladrillo del gueto, donde debió soportar el aislamiento y las privaciones, y luego las epidemias avivadas por la promiscuidad. Helena atestiguó la muerte de sus parientes y vecinos, primero los más ancianos y endebles, víctimas de aquellas condiciones de vida, y luego los más fuertes, como sus padres y su hermano, acribillados durante la insurrección popular de 1943 contra las fuerzas de ocupación. Como otros sobrevivientes del gueto de Varsovia, su primer destino fue el Lager de Treblinka, al noroeste de Polonia, y llegó a Sachsenhausen luego de una corta escala en Auschwitz-Birkenau. Aquella belleza fue su perdición desde el primer día, cuando los guardias la descubrieron entre la multitud de reclusas que llegaban deportadas desde todos los confines del Tercer Reich. Además de la rutina que deben soportar los demás internos, Helena se ha convertido en el juguete sexual favorito de varios SS, que se la turnan en las oficinas de la enfermería o la «Torre A», durante los descansos o los días de asueto. A cambio tiene un trabajo privilegiado y recibe algunas raciones extra de comida.

La propia Madeleine también está muy maltrecha. No necesita el trozo de vidrio para contemplar el altorrelieve de huesos que sobresalen como astillas de su piel amarillenta y llena de arañazos. La poca comida que los alemanes sirven —un café terroso y una barrita de pan negro por las mañanas, sopas de repollo o nabo sin sustancia para llegar a la noche— no alcanza a llenar el estómago de los prisioneros, ocupados desde que amanece en las labores de mantenimiento del campo, en la reconstrucción de Berlín o en los trabajos de las fábricas adyacentes.

Madeleine descubrió en Sachsenhausen un hambre diferente, más parecido a un estado de ánimo que a una necesidad fisiológica. Cada segundo de encierro —en las barracas, en la formación, mientras se trabaja o descansa, incluso cuando se come— lo invierte pensando en comer. Lo más duro son las tardes de domingo, cuando no hay que trabajar. Luego de terminar la sopa del almuerzo, las presas deambulan por los pasillos del Block lamentándose y buscando con qué alimentarse. Es preferible mantener la mente y el cuerpo ocupados, y no tener que soportar esos días de descanso, que pueden volver loco a cualquiera. A Madeleine suele torturarla el recuerdo de las baguettes y quesos, del pot-au-feu, la raclette, los bollos y el vino de Francia, pero también del ají de gallina, la causa criolla y los dulces de membrillo que la Negra Eleodora preparaba en la casa de su familia, en Lima.

Una hilacha de sol aparece por el canto de la ventana y crece como una herida. El alba perfila la arboleda que rodea el Lager, la muralla con las torres de vigilancia, la alambrada de espinas y la «Zona Neutral», esa frontera de cascajo que ningún Häftlinge debe pisar, bajo riesgo de morir ametrallado. También aparecen las siluetas de los Blöcks, ballenas de madera en cuyos estómagos yacen los internos de todas clases: judíos, gitanos, homosexuales, republicanos españoles, soldados rusos, delincuentes comunes. Madeleine ha aprendido a diferenciarlos y a clasificarlos en la enrevesada jerarquía del campo gracias al color de los triángulos cosidos en las solapas de sus chaquetas a rayas. Ella lleva la identificación roja de los presos políticos, con una letra «F» bordada con hilo negro, por su origen francés. Sabe que los criminales usan el color verde, los Testigos de Jehová el morado, rosa los homosexuales, marrón los gitanos, blanco los alcohólicos, drogadictos e inadaptados sociales. Los judíos pertenecen a la clase social más baja, y se los distingue por dos triángulos amarillos que se entrecruzan para formar la estrella de David.

Empieza a sentir la tibieza que acompaña el principio de la mañana y levanta una mano como si quisiera tocarla. La llegada de la primavera fue una bendición luego del invierno, cuyo recuerdo aún le despierta calambres de angustia. Prefiere no recordar el frío que la carcomió durante aquellos meses, en los que su rutina siguió idéntica. Ningún preso estaba preparado para soportar las lluvias que empantanaron el campo o las nevadas que volvieron el suelo duro y resbaladizo, sin otro abrigo que las gorras, los uniformes a rayas y los zuecos de madera. Es un consuelo saber que durante la primavera y el verano los dedos no se despellejan al manipular los ladrillos y empuñar las herramientas, o que los vientos de la montaña no se escurren como lombrices por las bastas de los pantalones. Hasta los encargos más elementales se vuelven imposibles con las manos entumecidas y desolladas, los pies y los brazos agarrotados, el cuerpo tiritando como un pez recién salido del agua. El número de víctimas creció en los meses de frío: los internos caían fulminados por el trabajo y las bajas temperaturas, entraban en la enfermería para morir por un contagio o una afección pulmonar, expiraban en sueños y amanecían petrificados sobre sus catres. El crematorio de la «Estación Z» trabajó a marchas forzadas en esos días, en el campo principal, en los campos secundarios y en la vecina ciudad de Oranienburg pudieron ver la humareda de cenizas humanas, que se elevaba hasta mezclarse con las nubes.

Algo nuevo comenzó en febrero, con la llegada de un contingente de presos judíos del campo de Lieberose. Según contaron, los nazis los habían desalojado por sorpresa, abandonando en sus camas y en la enfermería a los más débiles. Debieron marchar doscientos kilómetros en una semana, dejando a su paso un reguero de muertos, por agotamiento y hambre. Todo para terminar en Sachsenhausen, donde primero fueron incomunicados y luego diezmados en la «Estación Z».

Por esos días también ingresaron varios grupos de muchachitos que llevaban la cabeza al rape, y la frente y las mejillas marcadas con cruces negras. Eran ladronzuelos que habían asaltado tiendas y transeúntes en medio del caos en que se ha convertido la ciudad de Berlín. Para restablecer el orden, las autoridades reaccionaron con fiereza.

Instruyeron a la Gestapo que detuviera y ejecutara a aquellos delincuentes juveniles, o los enviara a Sachsenhausen. Desde entonces, se reiniciaron las selecciones y la política de fusilamientos masivos.

¿Por qué los nazis han emprendido esta campaña tan mortífera? ¿Será que el final de la guerra está tan cerca como se dice y actúan por pura desesperación? ¿Habrán logrado las tropas aliadas inclinar la balanza a su favor? ¿Acaso aquel rumor que se escucha todos los días, alimentado por las noticias que traen los nuevos prisioneros, y que se ha vuelto incesante en las últimas semanas, será cierto esta vez? ¿Prueba algo la frecuencia con que los aviones americanos e ingleses comienzan a sobrevolar los cielos de Oranienburg? Estando tan próximo a Berlín, Sachsenhausen será uno de los últimos lugares adonde lleguen los aliados. Su liberación solo podrá significar que la derrota alemana es total. Porque la guerra tiene que acabar, ¿verdad?

Madeleine devuelve el trozo de vidrio al fondo de su atado y lanza un suspiro. ¿Puede ser que lo guarde como un último recurso y no solo para contemplar su reflejo? ¿Volverá a intentarlo si hace falta? ¿Lo quebrará para abrirse las muñecas y tratar de ponerle fin a su vida, como en los inicios de su cautiverio, hace menos de un año? Ahora tiene práctica, sabe que no fallará. Cortará las venas a lo largo y no a lo ancho, sumergirá el brazo en agua para impedir que la herida se obstruya y en poco tiempo se desangrará.

Todas las mañanas ese mismo pensamiento le cruza la mente. Le basta abrir los ojos, contemplar a los demás Häftlinge, oír los gritos de los soldados alemanes, aspirar el rastro de cenizas humanas, emprender los trabajos forzados con un nudito de alimento en el estómago, para saber que el infierno no es aquel lugar que describían sus clases de catequesis en Lima. Más bien queda en la Tierra y es un invento de los nazis.

De momento, sin embargo, ha decidido esperar. Ahora que algo nuevo parece estar ocurriendo, su principal obligación es sobrevivir al campo y mantenerse atenta a las novedades. Anoche, por ejemplo, una pareja de guardias de las Waffen-SS visitó el Block. Traían un listado con los nombres de las internas, y las llamaron una por una, para comprobar si estaban en condiciones de caminar. ¿Por qué?

Madeleine se persigna para rezar en español. El padrenuestro le suena mejor en ese idioma de vocales abiertas, capaz de conectarla con sus primeras memorias, aquellas que el cautiverio ha despertado y revuelto. Busca las palabras y las pone en orden hasta darle forma y cadencia a esa oración, que suele ser su recibimiento para cada nuevo día en el Lager. Solo hace una pausa cuando oye el aullido de la bocina que inicia las faenas en Sachsenhausen, y siente el alboroto de sus compañeras despertando: «Padre nuestro, que estás en los cielos...».

II

El Viejo Dreesen empuja el corcho, que se desprende de la botella de champán y vuela por los aires, acompañado por un hipo seco, un chorro de burbujas, algunos aplausos. El mismo hombre que en los últimos meses se ha ajado a vista de todos está irreconocible con aquel brillo de entusiasmo que se asoma por sus ojos, y algo parecido a una sonrisa arruga su rostro de estatua persa. No para de moverse por todo el hotel, poseído por una vitalidad y un entusiasmo que no se corresponden con su cuerpo flacuchento, de piernas y brazos largos. Entra y sale del salón de baile, el recibidor o la cocina; da órdenes y apura a los camareros, conserjes y cocineros; se cerciora de que los arreglos florales estén perfectos sobre las mesas del comedor, limpias las cortinas, brillantes las columnas revestidas de espejos; habla con los músicos de la orquesta improvisada, para animarlos y sugerirles una nueva canción. En cuanto tiene un momento libre, alterna con los huéspedes, escancia sus copas con champán o participa de sus conversaciones, hasta que algún asunto lo vuelve a requerir.

—Señor Gálvez, lo he buscado por todas partes. Espero que esté pasando un buen rato.

—Claro que sí, señor Dreesen. La verdad es que estoy sorprendidísimo, nunca pensé que alguien pudiera organizar algo así en los tiempos que corren. Usted es un mago.

—Ahora ya sabe que las historias que le he contado sobre el hotel no eran producto de mi imaginación.

—Esta fiesta es una maravilla, un milagro de Navidad. No volveré a dudar de su palabra, señor Dreesen.

—¿Una copita de champán?

—Dos, por favor.

El Viejo Dreesen llena las copas aflautadas hasta rebalsarlas y se las entrega al Joven Secretario Gálvez, que las recibe, agradece con una venia, da un lento giro sobre sus talones y recorre de largo el salón, espléndido esta Nochebuena, con las seis arañas refulgiendo en el techo, las paredes decoradas con globos y cadenas de papel, los más de cien huéspedes vestidos de gala. Afuera la noche es de una serenidad olvidada. No se escucha el vuelo de los aviones ni retumban las explosiones, ni las inmensas hogueras de los pueblos y ciudades bombardeados brillan tras el telón del Siebengebirge, la cordillera de las Siete Colinas.

En un extremo de la larga mesa de viandas, donde se suceden bandejas de bocadillos y embutidos, piezas de conejo y lechón, ensaladeras con patatas al horno y chucrut, el Joven Secretario Gálvez descubre a los músicos de la orquesta improvisada. Están el hijo menor de Herr Fremont el Portero: un chiquillo muy rubio y pecoso que toca la trompeta y ha debido interrumpir sus estudios en el conservatorio de Bonn por culpa

de la guerra. También el Ayudante de Cocina Kleiber, encargado de tocar la batería, cuyas anchas espaldas casi ocultan a Narciso Ayala, poeta y contrabajista aficionado, además de segundo secretario de la delegación de México. Todos parecen desesperados mientras pican las botanas, trinchan y engullen las lonjas de pavo y roast-beef, apuran los vasos de cerveza y los chupitos de Schnaps. Hasta los diplomáticos de mayor trayectoria están sorprendidos con esta fiesta de Nochebuena, que el Viejo Dreesen se ha inventado en pleno racionamiento. ¿Qué contactos tendrá en el mercado negro y cómo habrá negociado semejante banquete? ¿De dónde habrá sacado las cajas de champán, que se suceden una tras otra? ¿A quién habrá sobornado a cambio del puñado de ostras, que fueron sorbidas en unos instantes por los huéspedes más voraces?

Para el Joven Secretario Gálvez, la fiesta sería perfecta si no fuera por los inmensos retratos que cuelgan a un lado del salón, donde los principales líderes del gobierno alemán aparecen sonrientes. Petrificados en blanco y negro, ahí están el Ministro de Propaganda e Información, el Comandante en Jefe de las SS y el ministro de Asuntos Exteriores. El propio Dictador del Bigotito Ridículo se luce en dos fotografías, que ocupan los lugares más visibles. Una es un primer plano donde destacan su boca tensa, su cabello apelmazado y sus ojos oscuros como perdigones. La segunda es una imagen de cuerpo entero, retocada en el laboratorio para que el Viejo Dreesen y sus hermanos aparezcan a su lado. Al ver aquellos retratos, el Joven Secretario Gálvez siente que la sangre se le agolpa en las sienas. Intenta ignorarlos, respira hondo, sigue de largo. Encuentra a Serena al final del salón de baile, sobre el escenario, sentada al piano. La hija del duque Roberto Brandão, cónsul del Brasil, es la cuarta y última integrante de la orquesta improvisada. En lugar de aprovechar la pausa para descansar como el resto, prefiere acompañar a los hijos pequeños de los huéspedes, que la rodean y cantan unos villancicos. El piano, una reliquia de color blanco que llevaba buen tiempo en desuso, ha sido afinado y pulido para la fiesta, y las manos de Serena le han devuelto la vida. El Joven Secretario Gálvez llega junto a ella y le dice:

—¿Por qué no paras un instante y me acompañas con una copa?

La muchacha le sonrío, con un gesto le pide un poco de paciencia. El Joven Secretario Gálvez asiente y antes de bajarse del escenario contempla ese rostro atezado, esos ojos claros, ese pelo castaño que se mece al compás de la música. Quién habría dicho que su privilegiada educación iba a servirle un día para interpretar swings y foxtrots — prohibidos por el régimen nazi, pero autorizados por el Viejo Dreesen para la ocasión— junto con un grupo de músicos mediocres durante la Navidad de 1943.

—¿Eres tú, Gálvez?

La voz a sus espaldas proviene de un rincón en penumbras del salón de baile, y en un principio el Joven Secretario Gálvez no sabe a quién le pertenece. Cuando se acerca y lo descubre, se alegra.

—Pensé que no vendrían, señora Rosa Amalia.

—No podíamos perdernos la celebración. Es una de esas pocas ocasiones que tenemos para dejar de pensar en la guerra.

—¿Verdad que hoy el hotel está muy bonito?

—Parece otro lugar. Es el espíritu navideño, que lo ha transformado.

—¿Y a usted qué le parece, embajador?

—Francisco insistió en que viniéramos. Él era el más entusiasta.

El hombre que acompaña a la señora Rosa Amalia permanece quieto en su silla, con la mirada perdida, las manos juntas sobre el regazo, un hilillo de baba cayendo de su boca. Tiene una cabeza ancha y sin cuello, rematada por unos filamentos de pelo tendidos entre las sienes. Lleva bigote, y sobre el puente de su nariz descansan unos quevedos con tanta medida que empequeñecen sus ojillos de vizcacha, casi hasta desaparecerlos. Viste un traje de tres piezas que le queda apretado, una camisa blanca y una corbata granate con el nudo abultado.

—De todas formas, ni usted ni el embajador habrían podido descansar con tanta bulla.

—Igual dormimos muy mal, Gálvez. Si no son los bombardeos es el insomnio de Francisco, que nos mantiene en vela toda la noche.

Una camarera se acerca y les ofrece unos bocadillos. Lleva cofia, guantes y delantal de encaje, tiene el rostro muy maquillado y el cabello recogido en un moño. A la señora Rosa Amalia y al Joven Secretario Gálvez les cuesta reconocer a la misma mucama que todos los días ordena sus habitaciones y limpia los pasillos del hotel.

—Por Dios, Greta. Qué cambiada está.

—El señor Dreesen contrató a una costurera del pueblo para que nos hiciera estos uniformes, y esta tarde vino una peluquera para arreglarnos y peinarnos.

—Está guapísima. ¿No te parece, Gálvez?

—Radiante.

—Son muy amables los señores. ¿Les apetece comer algo?

Alarga el azafate, y la señora Rosa Amalia y el Joven Secretario Gálvez escogen entre las tostadas con salmón, los cortes de embutidos y los dados de queso. Pero en cuanto la Mucama Greta gira para marcharse, el embajador Francisco parece despertar, se incorpora y estira una mano. La señora Rosa Amalia alcanza a atajarlo antes de que llegue a acariciar la falda de la mucama, y forcejea para devolverlo a su asiento. El embajador Francisco patalea y protesta, hasta que su esposa le dice:

—Tranquilo, papito, no te enfades. ¿Acaso tienes hambre?

Lo deja un momento, alcanza a la Mucama Greta, recoge otro bocadillo del azafate y lo lleva a su esposo, que lo engulle sin masticar, antes de apaciguarse. La señora Rosa Amalia le acaricia la calva, le da un beso en la frente.

—¿Todavía no ha conseguido nuevos medicamentos? Quizá el señor Dreesen pueda ayudarle, debe tener unos contactos magníficos. Mire esta fiesta, si no.

—Ya le preguntamos, pero las medicinas que usted trajo son muy difíciles de encontrar. Peor en Bad Godesberg, donde no queda ni una aspirina.

—No tiene que contármelo. Acuérdesse que yo mismo llevé al Agregado Ribeyro para que lo trataran cuando tuvo su crisis terminal.

—Esto se va a resolver bien pronto, estoy segura. Solo es cuestión de aguantar un poco más y tener paciencia.

La señora Rosa Amalia y el Joven Secretario Gálvez advierten que todos en el salón han callado. Una melodía se ha impuesto sobre el rumor de las conversaciones y ocupa los bajos del Hotel Dreesen. Proviene del escenario de la orquesta improvisada, donde Serena toca el piano y los niños entonan:

«O Tannenbaum, o Tannenbaum,

Du kannst mir sehr gefallen!»

Uno por uno los mayores suman sus voces a aquel villancico tan popular. Pronto el Joven Secretario Gálvez y la señora Rosa Amalia también lo corean, y hasta Francisco parece salir de sus tinieblas y sigue el ritmo con un ligero movimiento de cabeza. Por más que quiere evitarlo, el Joven Secretario Gálvez recuerda dónde está —en ese viejo hotel junto al río Rin, muy lejos de su casa, prisionero de la Alemania nazi— y vuelve a entristecerse. Algunas mujeres lloran en silencio, mientras sus esposos las consuelan.

—¿Por qué no me invitas esa copa de champán, Gálvez? Se te va a calentar en las manos.

—Discúlpeme. Tenga usted.

—Salud.

La señora Rosa Amalia toma un largo sorbo de champán, con una servilleta se seca el pegote de lágrimas y maquillaje de las mejillas y vuelve a sentarse. El Joven Secretario Gálvez le pide la copa vacía, busca a un camarero para entregársela y, como no lo encuentra, camina hasta la mesa de viandas. La conmoción producida por «O Tannenbaum» dura hasta que el Viejo Dreesen sube al escenario y llama a los músicos de la orquesta improvisada, que se acercan aplaudiendo y felicitando a los niños. El hijo de Herr Fremont el Portero pulsa los pistones de su trompeta mientras ocupa su lugar junto al piano, al lado contrario que el Segundo Secretario de México Narciso Ayala, que empuña su contrabajo. El Ayudante de Cocina Kleiber es tan alto que todos

pueden verlo, incluso después de sentarse detrás de la batería, junto al telón del fondo. Con un redoble de tambor, arranca un charlestón que reanima a las parejas, algunas hasta se echan a bailar. El Joven Secretario Gálvez vuelve de la mesa de viandas y, cuando pasa delante de la orquesta improvisada, sus ojos encuentran los de Serena.

—¿Cómo te va con esa muchachita, Gálvez? —le pregunta la señora Rosa Amalia en cuanto lo tiene al lado—. La hija del Cónsul Brasileño Roberto Brandão, Serena me parece que se llama...

El Joven Secretario Gálvez no sabe disimular su vergüenza. Mira al piso y apenas se le escucha responder:

—No sé de qué me habla, señora.

—No seas tonto y cuéntame, hombre. ¿Ya la besaste?

—¿Cómo dice?

La señora Rosa Amalia sonríe:

—Ya veo que no. Es buena chica, pero no son las mejores circunstancias para iniciar un romance. De todas maneras, puedes estar tranquilo, confía en mí...

—¿Le parece?

—Claro que sí.

Siguen hablando un rato mientras los demás huéspedes bailan, comen, conversan o se emborrachan con champán. Hacia las doce, cuando la mayoría cuenta los segundos que faltan para abrazarse, felicitarse e intercambiar los magros regalos de aquella Navidad, un susto los interrumpe. Afuera escuchan una detonación y luego otra, y la alarma cunde en el salón de baile. Las mujeres gritan presas del pánico, los niños corren de aquí para allá, alguien ordena: «¡Al refugio!». El Joven Secretario Gálvez está por llevarse a la señora Rosa Amalia y al embajador Francisco cuando algo lo detiene. A través de las ventanas alcanza a ver una sucesión de alegres chispazos que se alternan en el cielo: rojos, azules, verdes y amarillos. Siguiendo a los demás huéspedes, sale al Kastanien Garten, el invernadero de castaños con paredes de vidrio donde puede apreciar mejor los fuegos artificiales que el Viejo Dreesen ha contratado como broche de oro para la velada.

III

—¡Muévanse! ¡Muévanse! Bewegt euch!

Madeleine cojea a toda prisa hacia la plaza semicircular, donde la mayor parte de los prisioneros ya guarda formación, esperando a que empiece la revista, alineados en columnas perfectas, rígidos como estatuas. Los guardias se pasean entre ellos con sus perros, atentos a la menor irregularidad, o apuran a quienes vienen con retraso, gritándoles y golpeándolos con sus cachiporras de goma. Emplazada en el balcón de la «Torre A» se encuentra una enorme ametralladora, cuyo alcance domina todo el trazado de Sachsenhausen. La silueta larvada del SS Standartenführer Anton Kaindl, ese funcionario de calvicie incipiente, mirada esquiva y cuerpo de roedor, que regenta el campo con puño de hierro, se levanta junto a ella.

La formación es una ceremonia capital en la vida del Lager. Los nazis tienen un sistema de registro que les permite saber cuántas personas viven ahí, cuántas llegan en los trenes, cuántas se marchan o fallecen todos los días. Cuadran los números por la mañana, para mantener el orden. Cuando las sumas y restas no coinciden, los prisioneros deben aguantar horas bajo el sol, la lluvia o la nieve, mientras los soldados los cuentan una y otra vez, hasta que descubren el origen de la diferencia.

Para Madeleine, llegar a la formación es la peor angustia del día. Su cojera le impide moverse tan rápido como los demás y siempre está demorada. En su desesperación por ganar tiempo y evitarse algún castigo, en vez de usar las letrinas de su Block, prefiere orinar de camino a la plaza. Incluso así, cada tanto llega tarde.

Alcanza a formarse detrás de Helena, en el momento que empieza la revista. Pasea una rápida mirada por el patio, no ve ninguna de las horcas móviles que suelen ser armadas delante de la «Torre A» o frente al primer semicírculo de barracas, y siente un alivio: esta mañana no verá morir a nadie. Las penas en el campo se han vuelto tan severas que los prisioneros pueden pagar con su vida faltas insignificantes, como robar un pan. Para que sirvan de escarmiento, los Häftlinge tienen prohibido quitar la vista de las ejecuciones. A Madeleine le parecen todas iguales: los condenados llegan con la cabeza gacha, algunos lloran, otros no terminan de comprender lo que pasa. No oponen resistencia cuando son subidos a la horca móvil ni cuando el verdugo les anuda la soga al cuello. A una orden del Rapportführer, alguien tira la escalera donde se sostienen. Patalean y se balancean un rato en el aire, pujando y con el rostro congestionado por la asfixia, el dolor y la angustia, hasta que su propio peso les rompe el cuello y los mata. Los cadáveres son descolgados, metidos en cajas de madera y trasladados hasta el crematorio, a través de la formación.

En el caso de delitos graves como la insubordinación, el sabotaje o el intento de huida, la escena es diferente. En lugar de dejarse arrastrar con mansedumbre, los condenados acostumbran forcejear con los guardias, reparten cabezazos, mordiscos y patadas, no paran de protestar hasta que los montan en la horca. Incluso entonces

hay quienes se mantienen rebeldes y lanzan una última arenga, animando a los prisioneros a no dejarse vencer, a luchar hasta el final por su libertad.

Pero la gran mayoría de Häftlinge no tiene ocasión de enfrentar sus últimos momentos con tanta dignidad. Detrás del muro oeste del triángulo perfecto de Sachsenhausen, Madeleine contempla las chimeneas de los crematorios, única porción visible de la «Estación Z», el edificio de piedra donde las sucesivas administraciones han montado un complejo para industrializar la muerte, y sobre el que se cuenta toda clase de historias. A Madeleine le cuesta creer que ni siquiera estas jornadas tan brutales que está viviendo puedan compararse con los peores momentos del Lager, horrores cuya fama pasa de boca en boca, de los prisioneros antiguos a los nuevos. La historia más tremenda es la del mayor operativo de exterminio que ocurrió en Sachsenhausen: el asesinato de los soldados soviéticos capturados durante los combates del frente oriental. Las autoridades de Berlín decidieron vengar sus derrotas con aquellos muchachitos desharrapados, sin entrenamiento ni experiencia, que atiborraron el campo en 1941, traídos de Minsk, Kiev y Viazma. Los garajes del Lager tuvieron que ser desmantelados, y en su lugar se montó una instalación donde se aplicó un nuevo sistema, cuyos planos e instrucciones llegaron de la capital con el sello y la firma del Comandante en Jefe de las SS. A los soldados soviéticos se les sacaba uno por uno de sus Blöcks y se les llevaba a un consultorio donde un tocadiscos atronaba con óperas de Wagner, el compositor favorito del Dictador del Bigotito Ridículo. Con el pretexto de evaluar su estatura y su complexión, eran ubicados delante de una vara de medida fija en la pared. A una señal del SS que los acompañaba, un tirador escondido en un cuarto contiguo les descerrajaba un tiro en la nuca, a través de un agujero disimulado en la pared. Gracias a ese método, los nazis mataron a diez mil personas en unos pocos días.

La cámara de gas llegó más tarde. Con ella, pudo acabarse con grandes cantidades de reclusos sin que los guardias sufrieran la impresión que causaban los fusilamientos. Los condenados a muerte y las víctimas de las selecciones ingresaban a la «Estación Z» y pasaban a una habitación donde debían desnudarse. Desde allí los enviaban a un consultorio para que soldados disfrazados de enfermeros los examinaran. Algunos eran marcados y todos pasaban luego a ese cuarto hermético, con duchas y paredes de azulejos, donde entraban treinta personas de pie. Entonces se bombeaba el Zyklon B. Luego de un rato, los prisioneros de las Brigadas Especiales o Sonderkommando entraban a la cámara de gas y con enormes pinzas recogían los cadáveres que alfombraban el piso. Los arrastraban a una morgue y separaban a quienes habían sido marcados para extraerles los dientes de oro. Luego los metían en los incineradores, para que el fuego los consumiera.

Pero la muerte es solo el último paso en una carrera de abusos, de la que ninguno de los prisioneros está libre. Como todos, Madeleine ha sido víctima de las penitencias que los nazis suelen aplicar en el Lager. Las más frecuentes son los apaleamientos, las pateaduras y los latigazos en el banco de castigos, por no obedecer las órdenes, no entenderlas, demorarse a la hora de la formación, o tener la mala suerte de encontrar

a algún guardia de mal humor. Si la falta es más grave, vienen las torturas, como permanecer por horas de pie o en cuclillas fuera de la barraca, o ser colgado de las muñecas con los brazos en la espalda, hasta que el peso del cuerpo vence los hombros y los disloca.

A la hora de los maltratos, la imaginación de los guardias no tiene límites y Madeleine lo ha comprobado en carne propia. Un temblor desciende por su espalda cuando recuerda el calvario de su primer día, cuando los nazis la descubrieron entre las demás prisioneras por una condición singular: su pronunciada cojera. Esa tarde se divirtieron a su costa, sometiéndola a las peores humillaciones, hasta que se aburrieron y la incorporaron a los trabajos regulares. Madeleine piensa en los «Comandos de calzado» y pasa saliva.

Contiene la respiración cuando escucha el repique de las botas que se aproxima por detrás. Sabe que debe mantenerse firme, con la mirada al frente, si quiere evitarse un castigo. Por su lado, pasa el Oficial Jacob de las Waffen-SS, encargado de su barraca. Con el rabillo del ojo, puede verlo: alto y buen mozo, con las insignias resplandeciendo a la luz de la mañana. Se detiene delante de ella, al lado de Helena, con un lápiz golpea su tablilla de anotaciones. Con una mezcla de repulsión y miedo, Madeleine lo ve contemplar a su amiga, sonreírle, decirle algo al oído. Helena no reacciona: permanece quietecita y firme, como corresponde.

Madeleine siente un gran alivio cuando el Oficial Jacob retoma su camino y se aleja hacia el principio de la fila. Además de las razones disciplinarias, sabe que no puede mirarlo a la cara porque su quijada ancha, sus labios de niño y sus ojos azules y metálicos volverán a recordarle a Rudolph Filles, aquel amigo de Pierre y Annie Bardoux, sus viejos compañeros de la École Normale y la Resistencia.

Un movimiento repentino la distrae y no puede evitar un sobresalto cuando una de las prisioneras se derrumba y casi le cae encima. El Oficial Jacob se detiene y vuelve sobre sus pasos, seguido por varios guardias con sus perros, que se acercan lanzando empujones, pitos y culatazos. Madeleine piensa que la mujer —una presa mayor y morena, seguramente gitana— está muerta, cuando la oye soltar un gemido. Intenta incorporarse, pero las fuerzas no le alcanzan: los soldados llegan antes y le lanzan a sus perros.

Cuando se retiran, el cuerpo inerte de la mujer es subido a una carretilla por dos kapos del Comando Disciplinario, que lo alejan de la formación y lo llevan hacia la «Estación Z». En un rato, cuando se sumen los despojos de los prisioneros que amanecieron sin vida, las chimeneas escupirán el humo de la combustión humana. Luego los Sonderkommando recogerán los residuos del crematorio y triturarán los huesos que se resistan al fuego. Las cenizas serán esparcidas en la campiña, o servirán para el mejoramiento de los caminos.

—Abtreten!

La revista concluye y, con la orden emitida por la megafonía del campo, los detenidos rompen filas y vuelven a sus barracas para recibir sus herramientas y utensilios. Madeleine recoge su cincel y su martillo, y sigue a otras compañeras hasta el vértice opuesto a la «Estación A». Allí está la «Torre E», una pequeña pagoda de latón y madera sobre un bloque de concreto, ocupada por dos vigías armados que controlan el ala norte del campo, incluido el Sonderlager, el campo especial para prisioneros notables. Frente a la «Torre E», Madeleine encuentra su misión de todos los días: una pila de ladrillos rotos y desgastados. Empieza a trabajar entre los escombros sin esperar a que nadie se lo ordene.

IV

La puerta de la habitación se cierra y el Joven Secretario Gálvez suelta un suspiro: el embajador Francisco está cada vez peor. Sin medicinas ni asistencia profesional, este encierro en el Hotel Dreesen, que pronto cumplirá un año, ha ahondado sus males hasta convertirlo en ese ser extraviado, con muy pocas lagunas de cordura. Ahora sus principales manifestaciones de conciencia son unos inquietantes ataques de ecolalia y una osadía erótica cada vez mayor, él que siempre fue tan recatado. Qué suerte que la señora Rosa Amalia consiguió detenerlo antes de que pellizcara a la Mucama Greta y armara un escándalo en la fiesta de Navidad.

—El embajador convertido en un viejito mañoso. Si es para no creérselo.

Al final del pasillo encuentra las escaleras que lo devolverán a la recepción del hotel, con su barandilla de hierro forjado blanco. Qué trabajo costó trepar al embajador Francisco por aquel espacio tan estrecho, con esos peldaños empinadísimos. Tanto él como la señora Rosa Amalia intentaron persuadirlo con palabras amables, pero al final no hubo más remedio que subirlo a empujones, mientras aullaba y se defendía como un animal asustado. Por eso sale cada vez menos de su habitación y pasa los días echado en su cama, con la mirada fija en el techo, o contempla el paso del Rin desde el balcón. Una vez dentro, el Joven Secretario Gálvez tuvo que asistir a la señora Rosa Amalia, que lo hizo ocuparse, lavarse y ponerse el pijama, antes de acostarse, y ha quedado muy conmovido. Piensa qué mujer: una mártir, una santa.

El pino de Navidad con adornos plateados que el Viejo Dreesen plantó junto a las escaleras ocupa buena parte de la recepción. La decoración es escasa: algunos cuadros pastoriles, un busto de Beethoven, un reloj de péndulo, junto al mostrador vacío. El Joven Secretario Gálvez quiere salir a tomar el fresco de la noche, olvidar un momento la fiesta y, en cuanto traspone la puerta giratoria, distingue la silueta de Herr Fremont el Portero, que pasea por la glorieta, dando largas caladas a un puro.

—¿Qué hace afuera a estas horas, Herr Fremont?

—Señor Gálvez, qué tal. No podía con tanto ruido y tanta música. Aquí estoy más tranquilo.

—¿Le molesta si lo acompaño?

El Joven Secretario Gálvez no espera una respuesta. Baja los peldaños de la escalinata de ingreso y avanza hasta llegar junto a Herr Fremont el Portero. Recién entonces descubre que ese hombre con fama de imperturbable tiene los ojos llorosos. Rodean la glorieta en silencio, sobreparan para saludar a la pareja de soldados que vigilan la calle y siguen de largo.

—Ha sido una Nochebuena muy bonita, ¿no cree?

—Ha salido bien, sí.

—Cuánta elegancia y buen gusto. El señor Dreesen se esmeró mucho.

—Debió conocer el hotel en sus buenas épocas, señor Gálvez. Esto solía ser cosa de todos los días...

—Siempre me pareció que el señor Dreesen era un viejecito reblandecido, que se inventaba un pasado de fábula para impresionar. Después de esta noche puedo creerme todo lo que me ha contado.

La guadaña de la luna empieza a ocultarse detrás de una nube negra. Herr Fremont el Portero y el Joven Secretario Gálvez escuchan un coro de carcajadas y luego unos acordes de piano provenientes del salón de baile, donde arranca una canción de moda. El Joven Secretario Gálvez la tararea en su mente y sigue los compases dándose golpecitos en la pierna. Herr Fremont el Portero parece reparar en algo y le dice de pronto:

—Perdone que no haya preguntado. ¿Está mejor el embajador?

—Lo dejé acostado y de buen ánimo. Dormir le vendrá bien.

—Hágame saber si le hace falta algo, por favor. Lo que sea.

—Muchas gracias, Herr Fremont.

—No queremos que se repita el caso del Agregado Ribeyro. El señor Dreesen quedó muy conmovido cuando supo el drama que debió pasar.

—A todos nos dejó devastados.

El Joven Secretario Gálvez contempla el frontis blanco, de ventanas rectangulares y balcones con balaustradas. Por fin puede comprender cómo fueron los mejores años del Hotel Dreesen, cuando era el favorito del Dictador del Bigotito Ridículo. Está bastante venido a menos, pero el remanso de esa Nochebuena le ha devuelto parte del esplendor perdido.

—¿Hace cuánto trabaja aquí, Herr Fremont?

—Toda la vida. Conozco el hotel desde que lo fundaron.

—¿A qué edad empezó?

—Yo tenía quince años cuando abrimos en 1894.

—¿Siempre trabajó de portero?

—Comencé desde abajo: conserje, botones, cocinero.

La familia Dreesen no cicateó gastos cuando construyó el hotel, sobre las ruinas de una antigua casa de baños. Pensaban promover el turismo de lujo, aprovechando el paisaje y el clima de la Renania. Lo mejor de la sociedad comenzó a migrar hacia Bad Godesberg cada año, seducida por aquel palacete que parecía flotar sobre las aguas del Rin: políticos, artistas, empresarios, aristócratas. De día los huéspedes emprendían excursiones por los caminos que zigzagueaban entre las montañas del Siebengebirge, para visitar los castillos medievales y disfrutar las vistas. Si preferían quedarse en el hotel, podían asolearse en el jardín privado o Biergarten, tomar vinos Riesling en el bar, o jugar a las cartas en el Salón Beethoven. Las noches solían ser muy animadas, con grandes fiestas en el salón de baile, o banquetes en el comedor principal y en el Kastanien Garten. Por entonces, a nadie se le habría ocurrido pensar que allí ocurriría buena parte de los acontecimientos que definirían el curso de la guerra.

—¿Sabe que todo este tiempo han estado alojados en un lugar histórico, señor Gálvez?

—Alguna idea tengo. El señor Dreesen me contó que el Führer solía venir y que aquí tomó más de una decisión importante.

—Es la pura verdad.

—Al señor Dreesen se le infla el pecho cada vez que habla del Führer. Muy emocionado se pone.

Todo comenzó cuando la figurilla de ese hombre pequeño y malhumorado pisó por primera vez la alfombra de la recepción del hotel. Aunque todavía no detentaba un poder sin límites y su imagen no se repetía en las portadas de todos los diarios y revistas del mundo, su rostro era de sobra conocido para los alemanes. A principios de la década había alcanzado el liderazgo del Partido Nacionalsocialista, una derivación radical del Partido Obrero, y en la memoria de todos estaba fresco el recuerdo de su primera acción relevante, el golpe de Estado de 1923, que había lanzado desde una cervecería en Múnich, al frente de un puñado de seguidores. Cerca de las nueve de la noche había entrado con sus lugartenientes al local, donde el gobernador de Baviera pronunciaba un discurso para tres mil personas. Luego de pegar un tiro al aire, gritó:

—¡La revolución nacional ha empezado!

El ataque fue tan sorpresivo que sus hombres consiguieron hacerse con el control de parte de la ciudad, tomando como rehenes a los concejales municipales y algunos judíos notables. Incluso llegaron a montar un gobierno provisional, en la propia cervecería. Pero las fuerzas policiales no tardaron en responder, y al día siguiente conjuraron la insurrección, con un saldo de cuatro policías y 16 rebeldes muertos. A pesar de su fracaso, aquella acción proporcionó muchísima publicidad a los nacionalsocialistas. Un gran descontento se incubaba en el país por culpa de la crisis herencia de la Gran Guerra y por la paz alcanzada con el Tratado de Versalles, cuyas condiciones eran consideradas una vergüenza nacional. El futuro Dictador del Bigotito Ridículo supo identificar aquellas circunstancias desde la cárcel, donde fue encerrado luego del golpe, acusado de alta traición. Cuando volvió a la calle, gracias a una serie de arreglos políticos, tenía diseñada una estrategia menos violenta y a largo plazo, que no tardó en poner en práctica.

—¿Usted fue nacionalsocialista desde los comienzos, Herr Fremont?

—La verdad es que tardé en apreciar la sabiduría del Führer. Felizmente recapacité, y desde entonces estoy orgulloso de nuestro líder.

—¿Está de acuerdo con esta guerra, entonces?

—Ha quedado demostrado que era el único camino para reconstruir la patria y acabar con el comunismo y el judaísmo, las grandes lacras de la humanidad. El Führer, con su gran inteligencia, nos lo advirtió desde siempre.

—¿Y el señor Dreesen? ¿Él sí fue un nacionalsocialista convencido desde el inicio?

—Herr Dreesen fue uno de esos adelantados que supieron reconocer de inmediato ese genio total. Gracias a ello, tuvimos el honor de que el Führer aceptara quedarse en el hotel cuando inició su primera campaña de recolección de fondos.

Al comienzo nadie hizo caso a aquel hombrecillo nervioso que empezó a viajar por todo el país, trabajando como una hormiga para hacerse un espacio en la política alemana, gracias a su retórica encendida y su nacionalismo de cuartel. El Viejo Dreesen estuvo entre los pocos que lo tomó en serio, y lo invitó a hospedarse en su hotel las veces que pasó por la Renania. Desde aquellos salones con vista al Rin, el futuro Dictador del Bigotito Ridículo comenzó la propagación de sus ideas entre industriales, comerciantes y banqueros. No fue un trabajo fácil: la mayoría lo consideraba un excéntrico, un demagogo, un comunista. Muchos se reían de él, a veces en su cara, pero el pueblo alemán pensaba muy distinto, como quedó demostrado con el tiempo.

—El Führer siempre se quedaba en la misma habitación. Es la más espaciosa y, con el tiempo, fue acondicionada para satisfacer todas sus necesidades. Puede verla desde aquí.

—Me está hablando de la «Führersuite».

—En efecto.

—La habitación 106.

—¿Cómo lo sabe?

El Joven Secretario Gálvez esquivo la mirada de Herr Fremont el Portero y se encoge de hombros, intentando restarle importancia al asunto. No puede impedir que su mente le juegue una diablura, y en medio de la conversación surge la imagen de Serena. Piensa qué curioso que su historia con la hija del cónsul del Brasil empezara gracias a este cautiverio, y descubre que algunos de sus recuerdos comienzan a encadenarse con el Hotel Dreesen. Aunque se habían conocido en el tren de venida, recién parecieron interesarse el uno por el otro cuando llegaron a Bad Godesberg. Juntos sobornaron a la Mucama Greta para conocer aquella habitación, de la que todos los trabajadores del hotel hablaban con una mezcla de temor y reverencia.

—Los jóvenes comprenderán que es imposible. Primero habría que robar las llaves en la recepción, y luego tendríamos que entrar sin ser vistos.

—Hágalo por nosotros, Greta. No tenga miedo, no va a pasar nada.

—Es muy arriesgado, señorita Serena...

—Puede ganarse unos cuantos marcos extras...

—Cómo insisten los jóvenes, me ponen en un compromiso.

—Solo será cuestión de un segundo. Entramos y salimos, y ya está.

—Encontrémonos en el Kastanien Garten a las ocho, a ver qué puedo hacer.

—Muchas gracias, Greta.

—Ay, señorita, si nos cogen...

—Descuide, todo saldrá bien.

—Sean puntuales, señor Gálvez.

Más tarde supieron que los empleados del hotel tenían un pacto para hacer creer a todos que aquella visita estaba prohibida, con la idea de cobrar buenas propinas. Esa noche, Serena y el Joven Secretario Gálvez siguieron a la Mucama Greta por el pasadizo en penumbras que desembocaba en aquella ala del hotel. Casi pudieron escuchar el retrueno de sus corazones cuando la puerta con el número 106 se abrió y entraron.

—No hagan ruido, por favor.

A simple vista, la «Führersuite» no parecía gran cosa. Solo cuando uno prestaba atención, descubría los detalles que la hacían única, como las ventanas a prueba de

balas y las paredes insonorizadas. Tenía un vestíbulo para que el Dictador del Bigotito Ridículo sostuviera sus reuniones, una oficina de trabajo con una mesa para desplegar los mapas de todos los frentes donde combatían sus ejércitos, un dormitorio con una cama amplia y mullida. Serena y el Joven Secretario Gálvez recorrieron entre susurros los ambientes, buscaron fotos y pistas en los cajones, abrieron y cerraron los armarios, hasta se acostaron sobre el colchón con sábanas de seda.

—El Führer estuvo aquí mismo. ¿No te parece increíble?

—Da un poco de nervios, ¿no?

—Ya tenemos que irnos. Alguien va a llegar y nos va a descubrir.

—Qué pesada es esta mujer...

Tuvieron que salir de la «Führersuite» y volvieron al comedor del hotel, donde estaban por servir la cena. Antes de despedirse, el Joven Secretario Gálvez entregó un sobrecito con dinero a la Mucama Greta.

—Gracias por la excursión. Fue muy interesante, un poco breve nomás.

—No le cuenten a nadie, jóvenes. No vayan a comprometerme.

—Descuide, Greta. Es un secreto entre los tres.

Desde entonces, el Joven Secretario Gálvez no ha dejado de pensar en Serena. No sabe si una muchacha con sus orígenes —hija de un noble brasileño, nada menos— podrá llegar a interesarse por un peruanito sin fortuna como él, y aquella duda lo atormenta. La imagina en el salón de baile, subida en el escenario, tocando el piano con la orquesta improvisada, mientras todos los huéspedes bailan. Vuelve la mirada y estudia unos segundos el perfil de Herr Fremont el Portero: la nariz achatada, la frente breve, el puro que baja y sube hacia sus labios, despertando un rescoldo rojo y una gasa de humo del color de la glicinia.

—¿Y no ha pensado que las predilecciones del señor Dreesen por el Führer pueden resultar perjudiciales para ustedes, si la guerra se pierde?

—Esa idea no tiene sentido, señor Gálvez. Un alemán que se precie no puede desconfiar de nuestro gran líder, ni plantearse la posibilidad de una derrota.

—¿Acaso no le dicen nada esos aviones aliados que cada noche nos pasan por encima? ¿No ha escuchado las noticias en la radio, transmitidas por la BBC de Londres? Creo que es hora de quitarse las anteojeras y aceptar lo inevitable, Herr Fremont.

—¿Y sumarme al coro de los traidores y derrotistas? De ninguna manera, señor Gálvez.

—El Führer prometió el triunfo para estas navidades. Ya es más de medianoche y no parece que eso vaya a pasar.

—Es cuestión de días, ya lo verá. El repliegue de nuestras fuerzas es solo parte de la estrategia para la ofensiva final. Pronto nuestros ejércitos lanzarán el ataque definitivo, esos aviones que lo impresionan tanto no habrán servido de nada y las falsedades de la BBC inglesa quedarán al desnudo.

Callan un instante. La voz de Herr Fremont el Portero se ha cargado con un sentimiento que Gálvez no consigue distinguir: ¿Angustia? ¿Enfado? ¿Resignación? No tiene sentido alargar la discusión, menos a esas horas, en ese día del año.

—¿Le parece si volvemos a la fiesta?

—Comienza a hacer frío, ¿no?

—Tremendo. Casi no siento los dedos.

V

Avanza hasta la pila de escombros, escoge un ladrillo, vuelve a su rincón. Empieza a picarlo con mucha dedicación: con el cincel y el martillo lo empareja, alisa sus irregularidades, le devuelve la forma simétrica. Lo deja a un lado, recoge otro ladrillo, repite el procedimiento: lo empareja, lo alisa. Toda la mañana junto a la «Torre E» se oirá el repique de las herramientas de la cuadrilla de Madeleine, encargada de reciclar materiales para la reconstrucción de Berlín.

Solo la pausa del almuerzo interrumpirá esa monotonía. Cómo le ha costado acostumbrarse a esa sucesión de rituales que hacen de cada día un calco del anterior. Despertar al alba, pasar la inspección, tomar el desayuno, participar de la formación, trabajar hasta la noche, echarse a dormir: todo está cronometrado y se repite como un tiempo circular. Así pensaron las autoridades nazis que deshumanizarían a sus prisioneros y le sacarían el máximo provecho a la abundancia de mano de obra esclava.

Vuelve la vista y descubre que nadie la vigila. Parece una mañana tranquila, los guardias armados de la «Torre E» estarán fumándose un cigarrillo o se habrán tomado una siesta. Los Häftlinge de Sachsenhausen viven pendientes de ocasiones como esta. Para sobrevivir, deben aprovechar los descuidos del resguardo, inventarse excusas para ir a la enfermería, ofrecerse para las labores más ligeras, estropear la maquinaria, traicionar a sus compañeros. Todo vale con tal de robarle unas pausitas a la labor, obtener un poco más de comida, escapar de un castigo, ascender en la sociedad de los presos, ganar un ...